Laudate

Boletín de Nuestra Señora de la Cristiandad – España

N.38 - NOVIEMBRE 2024

Carta abierta tras la riada

D. Víctor Asensi Ortega, Universidad de Valencia.

Testimonios de jóvenes católicos en su ayuda con los damnificados de la riada de Valencia

Un militar alicantino.

Javier, creador de contenido madrileño.

Pablo, desde Salamanca.

Tatiana, valenciana.

Diana y Pablo, dos compañeros de Madrid.

Estimados peregrinos:

Quiero comenzar este boletín recordando a las víctimas que la gota fría se cobró a finales del mes pasado en Valencia y otras partes de España. En este mes de las ánimas los encomendamos especialmente. Son varios los capítulos que han organizado misas de réquiem para rezar por su eterno descanso. Desde aquí animo a todos los demás capítulos a seguir este piadoso ejemplo.

Por otro lado, tenemos constancia de que un gran número de peregrinos de Nuestra Señora de la Cristiandad se han volcado con el pueblo valenciano y han viajado hasta allí para prestar la ayuda necesaria. A todos ellos les damos las gracias por su esfuerzo y su caridad, pues son portadores de Cristo, esperanza del pueblo español.

Estos trágicos acontecimientos también han marcado la línea de este número del boletín. En él podremos leer diversos testimonios de peregrinos que vivieron este acontecimiento en primera persona.

Requiem aeternam dona eis Domine, et lux perpetua luceat eis.

Diana Catalán Vitas
Presidente de NSC-E

Carta abierta tras la riada

D. Víctor Asensi Ortega
Universidad de Valencia

Estimado lector:

Si acostumbra a leer este boletín, sabrá que suelo escribir sobre Fe y razón. Específicamente, sobre ciencia y religión. Pero en esta ocasión voy a hablarle de otra cosa.

Como probablemente haya advertido por la firma de mis artículos, soy vecino de la ciudad de Valencia. Y no por circunstancias especiales —Valencia ha sido la ciudad que me ha visto nacer y crecer—. Por suerte, el día de la riada, todos mis seres queridos y yo nos encontrábamos en el lado intacto del cauce nuevo del Turia, aquel cauce que alumbró el Plan Sur y salvó el núcleo urbano.

En esta ocasión, voy a hablarle de la riada. Probablemente se haya cruzado ya con muchísimos artículos que versan sobre este tema. Tristemente, cuando ocurre una tragedia de este calibre, le sigue un continuo de intentos de capitalización de todo tipo, que abarca desde los grupos más minoritarios hasta el mismo gobierno de la nación.

No es ésa mi intención con estas líneas. Siempre que escribo un artículo, intento hacerlo con usted en la cabeza. Por la naturaleza de los temas que trato, a veces es una tarea difícil. Pero aún con todo, procuro que mi tono sea el de un colega que intenta presentarle argumentos refrescantes a temas de los que probablemente ya haya oído hablar. Por eso mis artículos se quedan a mitad camino entre la columna y el artículo académico.

En esta ocasión, no es el tono que quiero adoptar. Para hablarle de la riada, no quiero que piense que soy ningún analista, ningún gurú, ningún periodista, ningún científico. Estas líneas se las escribo en calidad de peregrino y en calidad de valenciano. Por eso he decidido dejar a un lado mi tono habitual y escribirle de esta manera más directa.

Creo que, si usted suele apreciar los contenidos de este boletín, entonces agradecerá haber incluido una perspectiva sobre la riada. Y como colaborador habitual del boletín afectado por estos eventos, yo se la puedo ofrecer. Por eso le escribo estas líneas, para ofrecerle mi perspectiva y alguna reflexión.

Imagen de Cristo recuperada del barro dejado por las inundaciones en el municipio valenciano de Paiporta, uno de los más afectados por la DANA. Crédito: Archidiócesis de Valencia (España).

Antes que nada, le certificaré las dos realidades que ya está harto de oír: la respuesta estatal y la respuesta ciudadana. En la vorágine actual de in-

formaciones, es difícil destilar realidad de relato. Las interpretaciones de los sucesos son múltiples, pero la realidad es única. En este aspecto, los testimonios de los que han vivido la tragedia pueden ofrecer una visión más cercana.

Respecto la primera: las autoridades han abandonado a la población civil. No le diré porqué, porque sencillamente no me corresponde a mí decírselo, ya que no lo sé. Y no le diré lo que pienso, no porque no tenga ideas sobre ello, sino porque como le digo, no quiero capitalizar esta horrible tragedia para convencerle de qué es lo que funciona y qué es lo que no.

Lo que sí le puedo decir, es que el primero de noviembre, cuando fui personalmente a uno de los pueblos afectados, me crucé durante todo el día con un único militar. Eso es un hecho tan tangible como el lodo. Lodo que tres días después de la riada todavía anegaba hasta la espinilla muchas calles. Porqué fue así, si pudo ser de otro modo, cómo hacer que no vuelva a pasar… sobre todo eso no le diré nada.

La segunda realidad es la respuesta ciudadana. Puede dar crédito a las fotografías de puentes abarrotados. El puente que más he visto publicado en prensa es el puente peatonal que une el barrio de San Marcelino con La Torre. Pues bien, ese mismo viernes, le puedo asegurar que desde Catarroja hasta ese mismo puente, se extendía una columna kilométrica de gente, como si de la columna de nuestra peregrinación se tratara, sin más espacio entre una persona y la siguiente que un par de metros. La respuesta ciudadana ha sido titánica. Pero tampoco adivinaré las intenciones de todos estos voluntarios, ni intentaré explicarle lo que ha empujado a tantas miles de personas a acudir a las localidades afectadas.

Y es que la primera reflexión que quiero compartirle es justamente la anterior: basta de capitalizar la tragedia. No me refiero sólo al provecho económico (normalmente en forma de publicidad gratis). Me refiero sobre todo al provecho político. De una manera nauseabunda, absolutamente todo el espectro político usa la riada para reivindicar sus ideas. Gobierno incluido, pero no solo ellos.

Hasta el grupo más marginal expone cómo Valencia se habría salvado de haberles hecho caso, ya sea con enmienda al sistema parcial o total: mayor centralización en Madrid, una democracia orgánica, mayor autonomía del ejército, una república, una Valencia independiente… da igual. Parece que la idea política cobra validez si quien la defiende está manchado de barro. Y me gustaría decirle que es metafórico, pero en Valencia ya hemos visto activistas políticos mancharse a propósito de barro antes de entrar en directo. Este episodio es más explícito, pero no piense que es el único. Cuantísimas asociaciones estarán limpiando fango sólo para poder reivindicar sus ideas.

Lo mismo con los que nos quieren aleccionar sobre los vicios y virtudes que brotan del lodo. No tiene más que elegir qué fuente sesgada leer para convencerse de cualquier defecto y cualquier virtud que quiera ver en los voluntarios o en su coordinación. No le quepa duda: uno le dirá que el esfuerzo solidario y desinteresado de los conciudadanos desmiente por completo el *homo economicus* capitalista, para luego encontrarse que el capitalista está celebrando la victoria de la iniciativa privada y el orden espontáneo frente a la planificación central y el orden estatal.

Y por supuesto, la capitalización más grande y más vil de la tragedia la hemos visto de manos de la clase política. A todos ellos les digo: menos palabra y más pala. Sin duda, eventos así de traumáticos suscitan muchas reflexiones sociales, pero la realidad de la riada es más apremiante. Y es que quizá este efecto de la realidad abriéndose paso es lo que más haya impactado en nuestro mundo actual.

Hoy se piensa que la realidad es lo que cada uno quiere que sea. El hombre actual se indigna si algo no ocurre como él desea. Piensa que puede moldear la realidad en todo momento. Si miramos a nuestro alrededor, parece que el mundo lo hemos construido nosotros, ¿por qué no íbamos a hacer también las normas que rigen el mundo? Es la arrogancia de nuestra época.

Contra esta arrogancia, las catástrofes naturales nos recuerdan que no tenemos ese control que creemos tener. En el derecho anglosajón existe

el concepto «acto de Dios». Se refiere a los sucesos que pasan de forma ajena a cualquier agencia humana y que son en gran medida ineludibles. Por ejemplo, muchas cláusulas de seguros explicitan que no cubren los «actos de Dios» como catástrofes naturales.

Tampoco busco meterme en el manido tema de las catástrofes naturales y la voluntad divina. Simplemente me veo obligado a recordar que el mal natural, mientras vivamos en este mundo, es inevitable. Y con ello, viene el dolor. Esta es la tercera realidad que quiero certificarle: el dolor.

Sin duda el sentimiento que más se repite en los municipios afectados es dolor. Dolor por lo perdido, dolor por la impotencia, dolor por la patria herida, por la familia rota, por los bienes dañados... y de ese inmenso dolor brota también la ira. Esta ira y este dolor brotan de las entrañas. Y los católicos sabemos que Dios no nos dio un cuerpo con sus pasiones para aprisionar el alma, sino como templo del Espíritu Santo. El dolor, la ira tienen su función.

Su función es proporcionarnos fuerza para rebelarnos. Cuando Nuestro Señor Jesucristo echó a los cambistas del templo, no lo hizo porque tuviera «un pronto», como se escucha a veces en actuales predicaciones insulsas. El que todo lo hizo bien, cada vez que actuó lo hizo de la mejor manera posible. Volcar las mesas y tejer un látigo no era «una opción lícita» entre todas las formas posibles de actuar, era la mejor y más perfecta.

Pero nosotros sí tenemos prontos. La herida del pecado original hace que sea necesario purificar nuestras pasiones. La ira que nace de la injusticia tiene un sentido, y es empujarnos a actuar contra esa injusticia. Pero la ira sin estribos, puede llevar al pecado. Como dice el Apóstol: Airaos, pero no pequéis. La fuerza que viene del dolor, hay que saber abocarla al bien. Y despotricar no es un bien.

El ejemplo perfecto lo tenemos en el Santo Job. Como es sabido, cuando los desastres naturales se llevaron por delante su familia y sus bienes, él exclamo «El Señor me lo dio, El Señor me lo quitó, bendito sea el nombre del Señor». Es el acto de abnegación. Cuando no buscamos cambiar la realidad, sino responder a ella.

Y cuando se trata de responder a la realidad, nada como la Fe. Es el mismo Dios que creó al hombre el que nos revela cómo es el hombre y qué debe hacer. Por eso, ante cualquier circunstancia, los mandatos de Dios se mantienen. Tener Fe en Dios es saber que haciendo su voluntad basta, en cualquier circunstancia, para ser bienaventurado. Cuando la realidad de Job se recrudece, llega a maldecir la noche que fue concebido, pero nunca llega a maldecir a Dios. Finalmente, Job encuentra la gracia a los ojos de Dios porque nunca lo negó.

Así pues, estimado lector, creo que todo vuelve a la Fe. Si usted no es vecino de Valencia, probablemente nunca haya experimentado una riada. Pero estoy seguro que ha experimentado la realidad de las cosas cruzándose de lleno en su vida. Quizá incluso en contra de lo que usted pensaba. En esos casos, maldecir a Dios (o la realidad que le ha puesto delante) es tan vano como inútil. Más vale bendecir a Dios y usar esa ira y ese dolor como fuerza para obrar según sus mandatos.

En estos casos, tanto si es una riada como si no, qué bello es invocar al Santo Job. Callar y bendecir a Dios, de palabra y obra. Porque Dios, Padre bueno, no nos da más de lo que podamos aguantar. Nuestras circunstancias pueden ser cotidianas o catastróficas, pero Dios nos dio la misma ley a todas las personas para todos los escenarios. Por eso, con riada o sin ella, lo importante es tener claro cuál es el buen vivir y ponerlo en práctica. Y a partir de esa práctica, por sus frutos los conoceréis.

En Cristo y su Santa Madre, Sede de Sabiduría.

Víctor.

En Valencia, 12 de noviembre del 2024.

Testimonios de jóvenes católicos en su ayuda con los damnificados de la riada de Valencia

El pasado 29 de octubre ocurría en tierras valencianas una de las tragedias nacionales más graves del último siglo. Miles de personas vieron sus casas anegadas a causa del desbordamiento de ríos y barrancos; sus coches, arrastrados, impactando en sitios desconocidos, algunos de ellos con sus dueños aún en su interior; calles intransitables con un caudal jamás visto, que corría con fuerza y velocidad camino al mar.

Durante días, permanecían los valencianos atentos a las noticias que iban llegando desde la Generalitat y desde otros medios alternativos, con las actualizaciones diarias de la cifra de fallecidos, que llegaron a la friolera de 223 fallecidos y 78 desaparecidos…

Y, aunque el agua amainó esa misma madrugada, las secuelas del horror de lo acontecido aparecieron al día siguiente, cuando vecinos de las localidades afectadas veían sus calles llenas de barro, los coches apilados unos encima de otros, un silencio demoledor, y gente caminando por las calles como almas en pena. Desde ese mismo día, miles han sido también las personas que, con los recursos de que disponían, comenzaron a llegar en masa a vaciar los bajos, limpiar el barro de calles y de las casas, y recoger y repartir comida, entre otras muchas labores.

Entre ellos, muchos católicos han comenzado a venir desde todas partes de España a ayudar a sus compatriotas. Algunos nos han dejado sus ricos testimonios, que ahora reunimos y compartimos en este artículo.

Un militar alicantino

«Soy militar. Por motivos personales estoy de baja y, junto con unos compañeros, vamos y venimos todos los días a Paiporta y echamos un cable a todos aquellos que podamos. Desde que fui consciente del caos en Valencia, sentí que no podía quedarme en casa sin hacer nada, y que debía seguir mi conciencia mucho más allá de lo legalmente estipulado, más allá de los reglamentos y protocolos. Nadie debería de solicitar ayuda para ser rescatado. Creo que es la ley natural inscrita por Dios en nuestros corazones, abierta a ser mejorada por la ley Divina, la que debe regir nuestras vidas. Y es que básicamente hemos de hacer el bien y evitar el mal, atacando con inteligencia y valor los obstáculos puestos al bien. Y, por lo tanto, desde luego que es bueno que nos rompamos ayudando y entregándonos al prójimo por amor a Dios y por justicia. Trabajo y trabajaré con tesón cada día para dar gloria a Dios y a España, con la esperanza de llevar un pequeño rayo de sol, con mi oración y mi trabajo, a todas esas familias rotas por este desastre natural mal gestionado».

Javier, creador de contenido madrileño

«Es deber del católico ayudar a su prójimo en la medida de sus posibilidades. Atendiendo a este deber, un servidor y unos hermanos de Madrid y Segovia fuimos algunos días a una de las zonas afectadas a cumplir modestamente con este deber.

Jueves, viernes y sábado de la segunda semana estuvimos trabajando en distintos puntos de Paiporta; especialmente, sacando barro del garaje de la iglesia de San Ramón Nonato junto con decenas de hermanos de distintas partes, en particular de Cataluña, y con otros voluntarios. Juntos logramos una notable cadena de llenado, traslado y vaciado de cubos (y construcción de "diques" de contención) muy digna, teniendo en cuenta la casi ausencia de mandos. De no ser por los voluntarios, hoy el garaje de la iglesia seguiría inaccesible.

También estuvimos en la calle Sant Josep vaciando unos bajos y almacenes, y en la calle Sant Donis limpiando dos garajes. En esa ocasión, un bombero de Navarra dijo a nuestro grupo de unas 10 personas: "¿No queríais trabajar? Pues ale, ahí tenéis". Dos horas después, se habían ido

sumando varias decenas más de voluntarios de Paiporta y de otros lugares de España, y toda la planta del garaje estaba prácticamente limpia (todo ello para que después llegase otro bombero de Madrid a regañarnos por haber dejado todo en la calle: tal era y es la descoordinación entre los mismos bomberos, entre los mismos policías y entre los mismos militares).

Quiero destacar, finalmente, la ABSOLUTA disposición, agradecimiento y colaboración de TODOS los vecinos con los voluntarios en todo lo que pedimos o necesitábamos, material o alimentos, así como el compañerismo absoluto entre cristianos y no cristianos, donde todos se ofrecían a hacer cualquier cosa y a cualquier petición de ayuda: para cargar un cubo acudían numerosas manos. Y veo que en estas situaciones sale lo mejor del pueblo: desde niñas de 14 años hasta adultos de 60, pero sobre todo chicos jóvenes, no titubean a la hora de arrimar el hombro para ayudar al prójimo sacando barro, suministrando material de trabajo o haciendo tápers de macarrones. En suma, de lo peor Dios puede sacar lo mejor, y estas semanas se está viendo en estas desoladas tierras lo mejor del pueblo español y la esperanza de que en los momentos duros no faltará quien cumpla con el deber de amar al prójimo».

@javimarenas

Pablo, desde Salamanca

«Desde Salamanca montamos un punto de recogida con diferentes productos: agua, botas, pañales... Lo almacenábamos todo en la nave que un buen amigo nos prestó, y, durante las tardes de la semana del 4 de octubre, nos dedicamos a clasificar y empaquetar todo lo que íbamos recibiendo. Quisimos contribuir con lo que humildemente pudimos, esperando que todas las familias afectadas se puedan recuperar lo antes posible de esta tragedia, con ayuda de Dios y de todos los españoles».

Tatiana, valenciana

«Ver en directo la riada fue algo que nadie se esperaba. Desde la cadena regional no dábamos crédito a las imágenes de los pueblos que están tan solo a unos kilómetros de distancia de la capital. La alarma que sonó en nuestros teléfonos parecía una broma de mal gusto, una burla. Por momentos, creía estar viendo una película; no podía estar sucediendo tan cerca de casa, mientras, sin embargo, veía las calles que me rodeaban sin una gota de agua.

A los días, pude acercarme a ayudar a una familia y llevarles cosas con mi coche, y, a pesar de haber visto fotos y vídeos durante días, el horror de ver un escenario apocalíptico fue difícil para mí. Varias veces me acerqué a ayudar con una amiga; primero, por nuestra cuenta, y, después, unidas a la parroquia de Santiago Apóstol, que organizó grupos para limpiar un colegio un día, y repartir todo aquello que necesitaban los vecinos que no podían todavía bajar a la calle. Y es que mucha gente mayor que vive en fincas no puede usar su ascensor, por lo que se han quedado recluidos en sus pisos, sin acceso a agua potable ni a comida caliente. Muchos nos agradecían la ayuda con lo más valioso que les quedaba: un abrazo sincero.

Yo vivo en un pueblo también, en la zona norte de la ciudad, a donde no llegó ni un ápice de barro. Era marciano estar en una zona donde todo seguía con normalidad, como si nada hubiese ocurrido, y, sin embargo, sabiendo que miles de personas estaban sin luz, sin agua, sin familiares y algunos, hasta sin casa. La sensación de culpabilidad por estar en la parte “privilegiada” por no haber sido afectada aumentaba con los días; comer, beber agua, ducharse con agua caliente, me parecían privilegios que no en-

tendía por qué yo merecía y otros tantos no. Dios fue un consuelo, un empujón para superar el shock en el que muchos nos encontrábamos y salir a las calles con ganas de arreglar el desastre. Ver a toda España, católicos y no católicos, unidos por el bien común, ha sido una de las cosas más bonitas que he vivido.

No me cabe duda que en la tierra de las flores, de la luz y del color, con ayuda de Dios y de todos los españoles, Valencia se recuperará de esta tragedia, y mantendrá siempre el *cor encés en flames*».

Diana y Pablo, dos compañeros de Madrid

«Mi amigo Jesús y yo nos fuimos a una convivencia de Nuestra Señora de la Cristiandad, regresamos a Madrid con esa paz que siempre deja estar con amigos de Cristo, todavía un poco ajenos a la realidad de Valencia. Nos parecía una situación que acabaría pronto, pero nos enteramos enseguida de que era una situación más grave de lo pensado.

Así que nos dijimos: "No podemos esperar a que se solucione solo". E ideamos un plan. Destaco que mi amigo intentó toda la semana que en su trabajo le enviasen a Valencia, pero no fue posible. Finalmente, partimos el sábado 9 de noviembre a las 5:00 h, con botas, un par de chubasqueros y un corazón dispuesto. Y llevamos ropa y donaciones que otras personas nos hicieron llegar.

Llegamos a Valencia a las 9:00 h, entregamos parte de las donaciones y nos pusimos en marcha hacia el pueblo de Algemesí, cargando con otras cosas para darlas personalmente a las personas afectadas por la DANA. Llegamos a la parroquia de San Pío X, donde nos apuntamos en listas para que nos asignaran una tarea en específico. Mientras tanto y para aprovechar el tiempo, decidimos salir e ir por nuestra cuenta: encontramos con un ascensor atascado de barro y ayudamos sacándolo en cubetas; posteriormente, limpiamos con palas y escobas las principales calles con ayuda de los bomberos y a las 16:00 h nos tomamos un descanso para comer. En ese momento, se nos acercó un chico llamado Jorge, que nos contó un poco sobre su historia y sobre la devoción del pueblo "Pepa" a la Beata. Él mismo nos guió hasta su casa natal y allí ayudamos a cargar cajas de un sitio a otro para los damnificados.

Entre lo poco que puedo narrar de todo lo vivido, debo decir que confío en Dios y en un pueblo español más humanizado, algo que nos pareció evidente en cada voluntario. Valencia saldrá de esto y España resurgirá de las cenizas como el ave fénix».

Desde Nuestra Señora de la Cristiandad, lamentamos la situación de nuestros compatriotas valencianos, oramos por las almas de los fallecidos, y deseamos la pronta recuperación de los pueblos afectados.

Suscríbete a nuestro boletín

Pincha en el enlace de abajo para suscribirte a nuestro boletín *Laudate* y ayudarnos a difundirlo.

Suscríbete

Laus Deo, Virginique Matri